

seda; hasta mañana, señor Laroche, añadió levantándose; desde las diez tendrá usted el despacho á su disposición.

Salió la anciana, y Consuelo, arrojándose al cuello de su esposo, exclamó:

—¡Ah! ¡bien te dije yo que tu oracion nos habia conseguido el pan de cada dia!

CAPITULO X

I

El palacio de Alicia.--La carta del doctor. Las heces del cáliz.--La partida.

Entremos en el suntuoso palacio ocupado por mistress y miss Wilsson para echar una mirada á la respectiva situacion de estas dos antiguas amigas nuestras.

Eran las primeras horas de una noche, á fines de Marzo. El palacio de Alicia—pues nadie designaba de otro modo la casa que habitaba Rafaela y su hija—dejaba escapar por los cristales de sus balcones torrentes de luz, ni más ni menos que si dentro de sus muros tuviese lugar un brillante sarao. Sin embargo, sólo estaba ocupado por la viuda del banquero, por su hija y por una numerosa servidumbre.

Alicia, austera por temperamento y educacion, queria guardar rigurosamente el año de luto: no

salía ni recibía á nadie: su traje, completamente negro, la hacía aparecer más grave, y daba á sus facciones mayor tristeza de la que habitualmente tenían. En la noche de que voy hablando, estaba sola en su cuarto, é inclinada sobre su mesa de escribir, leía uno de esos libros áridos é impregnados de oscura ciencia, que han sido escritos para el hombre.

Su habitación era espléndida, y estaba alhajada con una suntuosidad verdaderamente régia. Constaba de una espaciosa antecámara, de un salón, de un gabinete de estudio, de otro de tocador y baño y del dormitorio: Mas á pesar del lujo que sobresalía en los menores detalles, en ninguna parte se advertía afeminación ó propensión á la molición.

Alicia era fuerte, activa é incansable, lo mismo para el trabajo que para las diversiones. Montaba á caballo perfectamente y daba largos paseos acompañada de jóvenes de la aristocracia, y sin pararse un instante á pensar en lo que podrían decir de unas costumbres tan extrañas y tan opuestas á los usos establecidos.

Y sin embargo, mucho se hablaba de ellas. Si había algunos que atribuían á su educación inglesa el comportamiento de Alicia, otros, y sobre todo, *otras*, la herían con todos los dardos de la maledicencia y de la envidia.

¿Y qué tenía de extraño? No contaba más que diez y seis años, y obraba exactamente igual que

una viuda de cincuenta. Salía sola desde los catorce, y sola había recibido á todos sus amigos, que no eran los de su padre, porque éste no los tenía; ni los de su madre, porque Rafaela mostraba cada día más afición al retiro.

Su carácter y su educación habían, pues, persuadido á Alicia de que se bastaba á sí misma, y de que era un sér superior á todo el género humano. Poco á poco se había ido separando más y más de su madre, á quien sólo veía ya una media hora cada noche. Ella manejaba sus caudales. Cuidaba del escritorio y de los dependientes, de la misma manera que lo hacía su padre; esto es, tiranizándoles hasta un punto increíble. Sabía las salidas, los ingresos, y estaba impuesta, en fin, en todas las operaciones mercantiles que practicaban sus casas de Lóndres, de París, de Franckfort y de Bruselas.

Unia á su disposición para los negocios una instrucción vastísima; cada día escribía por su mano gran número de cartas en diferentes idiomas, y dictaba otras tantas á su secretario particular. En cuanto á los estudios de adorno, los había descuidado completamente: ya no tocaba el piano, ni dibujaba, porque tenía por mal empleado el tiempo que gastaba en ello, y porque además estos pasatiempos no divertían su vasta inteligencia. Bastaba con verla; para conocer que no era una mujer como las demás; pero que esta diferencia, por muy sobresaliente que fuese, era

tambien la más á propósito para hacerla completamente desgraciada.

Un candelabro con seis bujías ardia sobre la mesa, delante de la cual estaba Alicia sentada. Vestida ésta con una bata de seda negra, entretelada y forrada de raso negro, apoyaba la frente, pálida por las vigiliias y el estudio, en la palma de su blanca y torneada mano.

Alicia, fastidiada del tiempo que empleaban en peinarla, y fatigada con el peso de su soberbia cabellera, se la habia hecho cortar, á pesar de las lágrimas y de los ruegos de su madre para que desistiese de semejante propósito. Pero ¡ay! ¿qué habia de comun entre aquellos dos séres tan distintos? ¿En qué se parecian aquella hija varonil y altiva y aquella madre delicada y tierna? ¡Alicia hizo su gusto, como lo habia hecho siempre, y como debia hacerlo miéntras viviese! Cortó el peluquero su magnífico cabello, que Rafaela trenzó é hizo encerrar en un marco de oro.

Desde entónces la cabeza de Alicia adquirió un aire enteramente varonil, y en la noche de que voy hablando, más se parecia á un hermoso joven que á una niña de diez y seis primaveras. Su estatura, mucho más alta que la general de las mujeres, era robusta sin ser gruesa; y sus formas, demasiado desarrolladas, le daban bastante corpulencia.

Dejémosla leyendo, y pasemos á ver á su madre, retirada al otro extremo del palacio, donde

tenia su habitacion, y donde pasaba todo el dia desde la muerte de su esposo.

II

Rafæla estaba sola tambien, y leía, como su hija. Mas no leía en un libro: era una carta lo que tenia en la mano, y sobre la cual caía de cuando en cuando una lágrima.

Rafaela tenia ya treinta y ocho años, y parecia más jòven que su hija. Su talla, mucho menor que la de Alicia, era, lo mismo que en los dias de su juventud, esbelta y flexible, pues su delicada constitucion no le habia permitido engruesar. Vestia sencillamente, pero con más esmero que su hija, porque sus diferentes temperamentos, y en particular su diversa educacion, se advertian en todos sus hábitos y hasta en su exterior, de una manera irrecusable.

En vez de llevar, como Alicia, una holgada bata, llevaba un vestido de talle liso y ajustado. Sus mangas de crespon, bordadas con aplicacion de raso, hacian resaltar la mórbida blancura de su cuello y manos. Sus cabellos negros conservaban toda su hermosura y abundancia, y bajaban, partidos en dos anchas bandas, un poco levantados sobre su frente, yendo á perderse en la gruesa trenza enlazada en graciosa forma detrás de su cabeza.

A pesar del esmero de su traje, Rafaela estaba triste, muy triste. La muerte de su esposo la había dejado en una soledad más profunda que la que hasta allí la había rodeado; porque, cuando vivía mister Wilsson, Alicia, que no le amaba, pasaba algunas horas con su madre por huir de él, en tanto que ahora, que no tenía de quien huir, apenas la veía. Pero Rafaela era una de esas mujeres, tan escasas en el mundo, que embellecen cuanto tocan y cuanto las rodea, que están hermosas sin serlo, y que poseen ese encanto misterioso é indefinible, que deja detrás de sí como un celeste perfume y como una luz consoladora.

Su habitación estaba en la más perfecta armonía con su figura y con su carácter: pues uno de los atributos de esas mujeres privilegiadas que se asemejan á Rafaela, es un exquisito buen gusto y una perfecta conformidad entre su persona y los objetos que las rodean. No tengo que describir el aposento en que se hallaba, pues ya lo conocen mis lectoras. Era el gabinete azul en el cual encontramos por primera vez á la desdichada Leontina y á su hija Consuelo, hace seis años y algunos meses, con la única diferencia de haberse trasladado ahora á Madrid.

La misma lámpara azul ardía en el centro, pendiente del techo por un cordón de seda y oro; el mismo quinqué ardía sobre el veladorcito de sándalo, y sobre él se veía también una labor de tapicería empezada. Porque Rafaela como todas

aquellas mujeres dotadas de una sensibilidad exquisita, no gustaba de variación.

Su carácter generoso y blando la inclinaba á amar hasta el más pequeño objeto de su uso, y no los hubiera cambiado aún cuando le hubiera ofrecido su hija los más preciosos del mundo. Los recuerdos eran para ella como un tesoro, y se apegaba á las paredes de su cuarto, y le parecía poblado de visiones, ya tristes y llenas de ternura, ya risueñas y consoladoras. Allí, á los pies de su lecho, velaba la imagen de María, colocada en la mesita de palisandro, del mismo modo que le había hecho compañía en su sombría habitación de Lóndres y en la que había ocupado en París.

La carta que Rafaela tenía en la mano, y que leía decía así:

“Estoy muy enfermo, y casi solo en este viejo castillo, lleno aún de tu imagen, hija mia. ¡Sí, Rafaela! Hace diez y seis años que te abrigaron estas paredes, y aun me parece que me guardan el eco de tu voz. ¡Hace diez y seis años que el riachuelo que cruza mi jardín retrató tu semblante, y aún creo que me ofrece tu imagen! ¿Qué poder reside en tí y en todas las criaturas que se te parecen que jamás deja que se os olvide?”

“Ese poder es, según yo imagino, el que hace inalterable el amor y la amistad que inspiras. Veamos en el mundo hombres que han perdido una esposa joven y bella, y que bien pronto la olvidan

y se enlazan con otra mujer. Y vemos otros que lloran eternamente y sin consuelo la muerte de la compañera de su vida, que no era hermosa, y que, sin embargo, parece haberse llevado á su sepulcro la alegría y el corazón del hombre que estuvo nuido á ella.

“Vemos padres que se consuelan de la pérdida de todos sus hijos, y otros que consagran constantemente lágrimas amargas á la memoria de uno solo que dejó de existir, sin que baste á mitigar su acerba agonía la presencia de los que les quedan.

“Yo he perdido seis hijos, y sólo de la muerte de uno no me consolaré jamás. He casado á Enriqueta muy lejos de aquí y casi seguro de volverla á ver nunca, y me he consolado más pronto de su ausencia que de la tuya. Y sin embargo, mis hijos eran buenos y hermosos, y Enriqueta lo es también.

¿En qué consisten, pues, esas pasiones energícas y voraces que sólo á algunas criaturas os es dado encender? Yo no lo sé; y á pesar de haber pasado muchos años de mi vida en estudiar el corazón humano, no he podido saberlo jamás.

“Enriqueta vive en Escosia con su marido y con sus cuatro hijos. Catalina ha perdido completamente el uso de sus miembros á causa de la parálisis que, como tú sabes, la aqueja hace dos años; ¿no pudieras venir hija mía, á cuidar en los postreros días de mi carrera? Poco debo ya vivir,

y dejaré sin pena un mundo en que tanto he padecido, y que sólo considero un tránsito para una vida mejor.

“Ven, Rafaela, mi corazón te llama y te necesita; ven para que pueda llevar á tu madre las palabras de amor que le consagres, pues que espero hallarla en el cielo. Ven y llevaré á tu padre algunas lágrimas tuyas al decirle que te he evitado otras muchas, protegiéndote como él deseaba y me encargó en su carta: en el cielo no entran los celos, el rencor ni ninguna de las mezquinas pasiones de la tierra, y yo amaré igualmente á tu padre y á tu madre.

“No te digo adiós, hija mía, sino hasta la vista. Catalina une sus ruegos á los míos, y te espera tu segundo padre.

JAMES SIMPSON.”

Cuando Rafaela acabó de leer, sus lágrimas caían abundantemente sobre la carta. ¡Ah! ¡Ella conocía demasiado que iba á morir el hombre benéfico de quien había sido tan amada! Dios le llamaba ya á sí para darle el hermoso premio que debe dar en el cielo á los mártires del corazón.

Durante largo rato lloró Rafaela sobre aquella carta, besándola de vez en cuando como si fuese una santa reliquia. Luego enjugó sus ojos, la guardó en su pecho y pasó á la habitación de su hija.

III

Al ver entrar á su madre se levantó Alicia con la misma fria ceremonia que empleaba siempre, y se adelantó á recibirla algunos pasos.

Ya he dicho que el cariño de aquella helada y altiva jóven para su madre habia aminorado mucho, y hasta pudiera decir que se habia casi extinguido á medida que la vanidad y el afan de la ostentacion y de la independenciam se habia desarrollado en ella. Pasábanse muchos dias sin acordarse siquiera de que vivia, pues la sociedad, con su adulacion y sus homenajes, habia estragado su corazon casi por completo.

Sin embargo, su cariño hácia la bella y santa mujer, á quien debia el sér, vivia aún en el fondo de su alma; pero, de la misma manera que su padre, á quien se asemejaba bastante, hacia años que la consideraba como un sér muy inferior á ella en inteligencia y talento, si bien dotada de bondad y mansedumbre.

Aunque vió sus ojos enrojecidos, no le preguntó la causa de su tristeza; pues, como ella decia, *lloraba de cualquiera cosa.*

—Hija mia, dijo Rafaela sentándose con la dulce dignidad que le era habitual y tomando la mano de su hija; mi querida Alicia, vengo á decirte que esta misma noche salgo de Madrid.

—¡Salir de Madrid! repitió la jóven frunciendo sus grandes cejas negras y como admirada de hallar en su madre voluntad propia.

—Sí, repuso Rafaela: quiero, hija mia, ir á cuidar á mi anciano amigo el doctor Simpson, que está muy enfermo.

A esta palabra *quiero*, las cejas de la jóven se frunciéron mucho más.

—No puedes dejarme, mamá, contestó friamente.

—Mas es, en verdad muy doloroso separarme de tí, aunque sea por muy poco tiempo; pero me es preciso: el doctor ha sido mi único amigo, y mi sólo consuelo en mis dolores.

—¿Y yo qué soy para tí? preguntó Alicia cuyas facciones se contrajeron con un sacudimiento nervioso, y cuyos ojos lanzaron un sombrío fulgor.

Sin embargo, no era la ira lo que más predominaba en aquel organismo inglés y helado: muy pronto se apagaron los resplandores fugitivos de aquel fuego interior, y apareció en su severo rostro una expresion fria, pero terrible. Era la decision de imprimir á su madre su voluntad. . . . ó de vengarse.

Rafaela advirtió las transformaciones por que pasaba el semblante de su hija, y tembló. No obstante, no era aquella noble criatura capaz de un temor vergonzoso: sabia hasta qué punto era augusto su carácter de madre, y quiso hacer cono-

cer á su hija, por la vez primera de su vida, que tenia voluntad y que ésta era invencible.

—Hija mia, dijo con suavidad, respondiendo á la pregunta de Alicia: hija mia, tú eres para mí, lo más caro que existe, el sér á quien más amo en el mundo, y por tí daría mil veces mi existencia; pero tú tienes buena salud; y además, el género de vida que llevas, no me hace precisa á tu lado: eres fuerte, hermosa é independiente: debo, pues, ir á recoger el último suspiro, del anciano que te conservó á mi amor cuando tu padre quería separarte de mí.

—Quizá hubiera hecho mejor ese sabio impertinente en no oponerse á los designios de mi padre, dijo Alicia con desden terrible por lo helado y punzante.

—¿Qué dices! exclamó Rafaela palideciendo horriblemente.

—Madre, repuso Alicia, ya sabes que soy sobria de palabras, y así te diré tan sólo las que tú necesitas oír: no puedo consentir en que salgas de casa.

—Yo quiero salir al instante, repuso Rafaela levantándose con dignidad.

—No puedo, por dos razones, consentir en que vayas al castillo de ese viejo loco, prosiguió Alicia sin alterarse.

—No quiero saber esas razones, ni debo oírlas, dijo Rafaela adelantándose hácia la puerta con paso vacilante.

—Yo las diré, sin embargo; me opongo á que te vayas, en primer lugar, porque detesto á ese apóstol del bien, y no quiero que una persona, de cuya suerte dispongo, vaya á servirle.

Rafaela dió un gemido, y apoyó su lánguida cabeza contra la pared. ¡Su ingrata hija tenia el cruel valor de decirle que disponia de su suerte!

—La otra razon, prosiguió Alicia confundiendo el dolor de su madre con una debilidad mezquina que la empequeñecía á sus ojos, la otra razon que tengo para no dejarte marchar, es que te necesito á mi lado para que sigas gobernando la repostería y la cocina.

—¿No tienes otras que darme? dijo Rafaela con voz baja y temblorosa.

—No: pero esta última creo que debe convencerte; ¿te parece que debo yo ocuparme del gobierno interior de la casa?

Rafaela nada contestó ya, y se dirigió en silencio á la puerta.

—Supongo que habrás ya desistido de tu propósito, mamá, dijo Alicia abriendo de nuevo el libro en que leía cuando entró Rafaela.

—Adios! dijo ésta volviéndose con el semblante cubierto de lágrimas, y como si el acento de su hija la despertase de un sueño penoso. ¡Adios! repitió, tendiéndole los brazos.

—¿Persistes, pues, en irte? dijo Alicia.

—Sí, respondió su madre.

—¿A pesar de todo lo que te he dicho?

—A pesar de todo lo que he tenido la paciencia de escucharte.

—¡Mire usted lo que hace, señora! dijo la joven con una mirada sombría: ¡poniéndose á mi voluntad renuncia á mí!

—¿A su voluntad? sollozó Rafaela. ¡Oh, Dios mío! ¿A su voluntad! ¡Estas son palabras y el acento de su padre!

Y luego enjugando su llanto y alzando su frente con magestad, añadió:

—Los hijos ingratos y rebeldes no hallan felicidad sobre la tierra: ¡humíllate, y que Dios te perdone como yo!

—Señora, repuso la joven, yo no entiendo lo que quiere decir la palabra *humillacion*: mi razon y mis maestros me han enseñado á dominar, porque he nacido fuerte: jamás cejaré ante lo que creo justo y razonable: así, pues, declaro á usted que si abandona esta noche mi casa, no volverá á entrar en ella, á ménos que no se la abran las leyes.

Al oír estas bárbaras palabras, Rafaela alzó al cielo sus manos unidas como para pedir á Dios que no descargase su mano terrible sobre la culpable. Luego un temblor horrible recorrió todo su cuerpo, y la palidez de sus facciones se hizo espantosa.

Alicia no alzó los ojos del libro en que leía, ni pudo ver el dolor agonizante de su madre. Aunque lo hubiera visto, no lo hubiera comprendido

tampoco, porque ya le dicho que su corazon estaba petrificado por la ciencia y por la adulacion. Poco á poco cesó el temblor de su desdichada madre, quien levantó con mano desfallecida la *portière* de terciopelo, y salió echando sobre su hija una larga y dolorosa mirada.

Mucho rato habia pasado cuando levantó Alicia la cabeza. Su madre habia desaparecido.

Un instante despues oyó el ruido de un carruaje, y se asomó al balcon. En aquel coche se dirigia su madre con Mary á la casa de postas.

Alicia tiró del cordon de la campanilla, y bien pronto apareció mistress Beld. La buena mujer venia llorando con tanta amargura, que apenas podia respirar.

—¿Y mi madre? preguntó imperiosamente Alicia.

—¡Se ha marchado, miss! contestó llorando á lágrima viva la antigua nodriza: ¡se ha marchado y me ha dicho estas palabras, que me han destrozado el alma:—“Jenny, mi buena Jenny, has-ta el cielo!”—Luego me ha abrazado, dándome gracias por todo lo que habia hecho por su Alicia, me ha rogado que nunca me separe de ella, y ha partido!

—¡Basta! dijo Alicia con imperio: ¡vete!

Jenny salió, y la joven volvió á sentarse pálida y temblorosa. Era que en el fondo de su alma se alzaba la voz severa de su conciencia.